

*durante la prefectura de  
Jules Dauzan.*

El 1º. de enero de 1814 se apoderaron los Rusos de Coblentza, y habiendo encontrado completamente nueva su general la fuente conmemoratoria, y apenas terminada la inscripcion, mandó grabar debajo :

*Visto y aprobado por nos, comandante ruso  
de la ciudad de Coblentza,  
1º. de enero de 1814.*

La chanza era bastante buena para un cosaco. Verdad es que este cosaco era un francés que estaba al servicio de los Rusos.

Atravesamos el puente del Mosela, uno de los mas bonitos que existen, y un camino que va de Suiza á Holanda, obra de Napoleon, nos condujo ante el sepulcro de Marceau.

### MARCEAU.

Era el 1º. de octubre de 1791, el consejo militar y el civil se hallaban reunidos en la casa ayuntamiento de Verdun, porque la ciudad estaba sitiada por los Prusianos, y el comandante Beaurepaire habia manifestado decididamente la intencion de defenderse, y los ciudadanos la de capitular. Habia mas, el populacho habia ya saqueado los almacenes de la guarnicion, desde el primer dia del ataque, que fué la antevíspera, es decir, el 30 de agosto.

En efecto, el 30 de agosto, desde por la mañana, la ciudad de Verdun, al despertarse, habia visto una parte del ejército prusiano acampado en las alturas del lado de San Miguel, situadas á dos mil pasos de Verdun próximamente, y que dominan la ciudad: otra parte del ejército habia llegado la vis-

pera á colocarse entre Fleury y Brazo Grande : el cuerpo de vanguardia del príncipe de Hohenlohe Kirbesg estaba en Belleville , es decir , á menos de media hora : Clairfaix estaba en Marville reconociendo á Montmedy y Junigny : en fin, el duque de Brunswick y el rey de Prusia en persona tenían su cuartel general en Brazo Grande, sobre la ribera derecha del Mosa, á una legua próximamente de la ciudad , componiendo el total de cuarenta á cincuenta mil hombres próximamente.

Verdun, por su parte, tenía por gobernador militar á uno de los mas valientes oficiales superiores del ejército : era este el comandante Beaurepaire. Tenía una guarnición de tres mil quinientos hombres, sacados de entre los mas bravos de nuestros jóvenes soldados republicanos. Tenía diez bastiones unidos entre sí por medio de cortinas, cubiertas con tenazas y medias lunas, fosos profundos, algunos hornabeques y obras coronadas. Además, una ciudadela compuesta de un pentágono irregular y rodeado de una falsa braga. No eran fortificaciones de primer orden ; pero era todo lo que se necesitaba para detener al ejército enemigo durante algun tiempo ; y cada minuto que se retenía á los aliados lejos del corazón de la Francia era un minuto precioso y que no podía pagarse con demasiada sangre, porque daba un minuto mas á la Asamblea legislativa para organizar la defensa de la patria.

Tal era, pues, el estado de las cosas cuando el 31 de agosto, habiendo echado los aliados un puente sobre el Mosa, el general Kalkreuth le atravesó con la brigada Wittingoff, dos batallones y quince escuadrones, y con la posición que tomó completó el cerco. El mismo día, á las diez de la mañana, el rey de Prusia mandó se intimase á la ciudad la rendición ; la respuesta de Beaurepaire, como debía esperarse de él, fué negativa.

Así que fué conocida la respuesta negativa, un sordo rumor circuló por las calles ; el espíritu de la ciudad era realista, y á este espíritu se unía como un poderoso auxiliar, el temor de que un sitio, destruyendo una parte de la ciudad, arruinase á aquellos á quienes tocase el estrago. Los ciudadanos que no debían mirar mas que á la patria, contaron sus tres mil quinientos defensores, y volviendo sus ojos al ejército que los estrechaba, vieron que era doce veces mas fuerte que ellos. Y mientras los republicanos estaban dispuestos á deramar hasta la última gota de su sangre, vacilaron aquellos en comprometer una parte de su fortuna.

No obstante, al principio ahogaron las murmuraciones las enérgicas disposiciones de Beaurepaire. Mas apenas el enemigo tuvo noticia de la respuesta del comandante de Verdun, colocó tres baterías, una en la altura de San Miguel, otra en el campo del príncipe de Hohenlohe, y la tercera en el cam-

pamento del general Kalkreuth. Los habitantes de la ciudad, murmurando sordamente desde lo alto de sus casas, pero sin atreverse aun á oponerse abiertamente, seguian los terribles preparativos. A las seis de la tarde brilló una de las baterías, las otras dos le respondieron como obedeciendo á una señal, y las primeras bombas, cruzando sus disparos sobre la ciudad como una red de hierro, de fuego y humo, anunciaron que habia llegado el momento de la abnegacion ó de la traicion.

Duró el bombardeo toda la noche. En toda ella permanecieron los ciudadanos encerrados en sus casas; pero al amanecer salieron, y á pesar del peligro que habia en permanecer fuera de ellas, se reunieron en la plaza. Cayó una bomba y reventó en medio de la multitud; muchos ciudadanos cayeron heridos.

Esta fué la señal del motin. Fueron tumultuosamente á ver á Beaurepaire; le amenazaron con abrir las puertas sin capitulacion y entregar la ciudad al enemigo si no se rendian. Beaurepaire se vió obligado á convocar el consejo, porque en aquella época, un consejo civil y militar estaba encargado de apreciar el estado de defensa de las plazas fuertes, y el comandante de la plaza se veía obligado á someterse á este consejo, ó en caso contrario, quedaba él mismo sujeto á un consejo de guerra.

Beaurepaire habia fijado la hora de las seis de la

tarde para la apertura de este consejo; fué, pues, á él con sus oficiales, aunque tenia completa seguridad. Pero la mayoría era de ciudadanos, y como el bombardeo habia durado todo el dia ocasionando nuevas desgracias, decidieron los ciudadanos por unanimidad que era preciso rendirse. Beaurepaire les demostró todos sus medios de defensa, respondia con su cabeza que la ciudad no seria tomada por asalto; mas en vano fueron sus ruegos, sus súplicas, los ciudadanos se mantuvieron firmes en su decision. Entonces, Beaurepaire se levantó, paseó una mirada de desprecio por toda la reunion, y cogiendo en seguida una de sus pistolas que estaban colocadas en la mesa ante la cual se hallaba sentado:

— Sois todos cobardes y traidores, les dijo: deshonraos, pero sin mí. — Y se levantó la tapa de los sesos.

Mr. de Noyon, el teniente coronel mas antiguo, reemplazó al comandante. Ante el cuerpo ensangrentado de Beaurepaire se hizo entrar al parlamentario prusiano, y se acordó una suspension de armas hasta el dia siguiente por la mañana: al dia siguiente por la mañana, Mr. Noyon y el general conde Kalkreuth debian arreglar los artículos de la capitulacion. Los ciudadanos, sumamente satisfechos de haber obtenido lo que deseaban, se retiraron diciendo, que Beaurepaire se

habia muerto en un momento de locura. Esta fué la version que adoptaron en aquella época todos los enemigos de la república.

La capitulacion quedó arreglada, la guarnicion debía salir con todos los honores de la guerra, llevando sus armas, bagajes, dos piezas de á cuatro y sus armones. Segun la costumbre, el mas jóven de los oficiales superiores de la guarnicion era el que debía llevarla al rey de Prusia. Se consultaron los cuadros, y se llamó á Marceau. Entonces un jóven de veinte y dos años, de cabellos rubios que caian sobre sus hombros, y de tez pálida, que llevaba las charreteras de comandante de batallon, salió de las filas, y se adelantó para recibir la capitulacion de manos de Mr. Noyon. Mas antes de tomarla :

— Mi coronel, dijo, ¿no podríais encargar á otro esta mision?

— Imposible, dijo el comandante; las leyes de la guerra os señalan, obedeced.

Entonces Marceau desenvainó su sable y le rompió.

— ¿Qué haceis? preguntó Mr. de Noyon.

— No quiero, respondió Marceau, que se diga que teniendo un sable al costado con el que podia defenderme ó matar, he llevado al enemigo una capitulacion que nos deshonra á todos.

Introducido ante el rey de Prusia que le recibió

en medio de un estado mayor de príncipes, duques y generales, Marceau quiso hablar; pero á las primeras palabras el llanto ahogó su voz. El rey quiso consolarle; pero entonces Marceau levantó su hermosa cabeza, y sonriendo á través de sus lágrimas con toda la confianza que la juventud posee en el porvenir :

— Señor, dijo, una sola cosa hay que consuele á un francés de una derrota, y es una victoria.

El rey de Prusia se inclinó ante aquel dolor, y mandó volviesen á acompañar á Marceau con todos los honores de la guerra concedidos á los parlamentarios.

Al día siguiente salió la guarnicion de la ciudad llevando, además de sus armas, bagajes y cañones, un furgon en el que iba el cuerpo del bravo Beurepaire. En Sainte-Menhould, se unió al ejército del general Galbant. Marceau habia perdido en aquel sitio su equipaje, sus caballos y su dinero.

— ¿Qué quereis que se os dé en cambio de las pérdidas que habeis tenido? le preguntó un representante del pueblo.

— Otro sable, dijo Marceau.

En cuanto á Beurepaire, la Asamblea legislativa le recompensó como hubiera podido hacerlo el senado de Roma; decidió que sus restos se colocasen en el Panteon; que sobre su tumba se pondria esta inscripcion: *Beurepaire prefirió matarse á*

*capitular con los enemigos de la Francia*, y que se daría su nombre á una de las calles de la capital.

En tanto, Verdun abria sus puertas al enemigo, y veinte doncellas vestidas de blanco, iban delante del rey de Prusia con canastillos llenos de flores.

Dos meses despues, el rey de Prusia repasaba la frontera fugitivo, y las veinte doncellas de Verdun marchaban al cadalso.

Marceau pasó con su grado á los coraceros de la legion Germánica, y partió con ellos de Philippeville para ir á combatir á los Vendeanos, mas al llegar á Tours, se encontró que le habia precedido la denuncia y la calumnia, así como á los demás oficiales camaradas suyos, y todo el estado mayor en cuerpo fué arrestado. Pero se reconoció absurda la delacion, y la víspera de la batalla de Saumur volvieron á abrir las puertas á los prisioneros y se les devolvió sus espadas, de las cuales se sirvieron al dia siguiente de una manera que probó á la Convencion habia hecho bien en obrar así.

La guerra de la Vendée era una guerra terrible y que mataba muy pronto á los que la hacian, porque allí no solo se moria por el hierro y el plomo enemigo, sino tambien por las denuncias de los envidiosos. Apenas llegado á aquel suelo fatal, Marceau habia tenido que luchar contra la calumnia, la que sin embargo, se hubiera creido que no tenia que mezclarse para nada con su corazon leal

y su bello y bondadoso rostro: vengóse haciendo prodigios de valor en la derrota de Saumur salvando al convencional Bourbotte, quien desmontado iba á ser cogido, cuando él le colocó casi á la fuerza sobre su caballo, y sosteniendo la retirada, ó mas bien, intentando parar la derrota, á pié y con un fusil en la mano. Bourbotte envió su parte á la Convencion, y Marceau fué nombrado general de brigada: tenia veinte y dos años y tres meses.

No tardó Marceau en tomar la revancha: designado por Kleber, su amigo, para mandar los dos ejércitos del Oeste, reunió todas las tropas repartidas en sus diferentes acantonamientos, y fué á atacar á Mans, el 13 de diciembre de 1793. En el mismo dia los Vendeanos son lanzados de todas las posiciones exteriores y vueltos á encerrar en la ciudad. Eran las cinco de la tarde. Marceau viendo á su ejército cansado y á medio tiro de cañon de la plaza, aplaza para el dia siguiente la batalla decisiva; mas llega entonces Westermann, el general en jefe.

— ¿Qué haces? le grita á Marceau; ¿te detienes en medio de tu victoria? aprovéchate de tu fortuna, jóvenes, y marcha adelante.

— Es apurar demasiado el juego, dice Marceau presentándole la mano con su bondadosa y triste sonrisa; mas no importa, marcha y te seguiré.

Y al punto el ejército entero se lanza siguiendo á los dos generales: llegan á luchar con el enemigo cuerpo á cuerpo; pero como las calles de Mans están atestadas de gente, los Vendeanos oponen la misma resistencia que opondría una muralla. Durante toda la noche, Marceau ataca, hiere, derriba aquellas murallas vivas, y al amanecer, los realistas, deshechos en todas partes, después de hacer de cada casa una ciudadela que ha sido preciso tomar por asalto, huyen por todas las puertas, dejando en las calles de Mans mas de tres mil muertos y mil quinientos heridos, porque en aquella guerra fatal en que todo prisionero es pasado á cuchillo, todo el que ha podido ir arrastrando, ha huido.

Mas entre los prisioneros se encuentra una prisionera. De una casa toda incendiada se ha lanzado una jóven; ha visto á Marceau con el sable en la mano, y ha ido á poner su honor y su vida bajo la salvaguardia de su lealtad. Marceau ha guardado religiosamente el doble depósito que se le ha confiado; mas por premio de su victoria, es denunciado á la Convencion por haber sustraído al suplicio una mujer vendeana, cogida con las armas en la mano.

Siendo esta una grave acusacion, fué arrestado con la jóven vendeana. Al separarse de ella, en el momento en que iban á ser arrestados, la dió una

rosa encarnada que tenia en la mano. La jóven amaba á Marceau: ella recibió el regalo que la hacia, y le guardó cuidadosamente.

Ambos tenían expuesta la cabeza; por tanto Bourbotte, que se acordaba de la derrota de Saurmur, y del servicio que Marceau le habia prestado, tomó al punto la posta y se presentó en la Convencion á abogar por la causa de su salvador. Fácilmente obtuvo su libertad, mas no fué lo mismo respecto de la vida de la jóven vendeana.

La mañana del mismo dia en que Marceau debia salir de la cárcel, ella fué conducida al cadalso. Marchó á él llevando en su boca la rosa encarnada que le habia dado el jóven general, y cuando, segun la costumbre, enseñó el verdugo la cabeza al pueblo, aquella rosa encarnada hizo creer á muchos espectadores que vomitaba sangre.

Marceau dejó á Mans y volvió á Paris. Apenas llegó se adelantó la Convencion á sus deseos, quitándole el mando del ejército del Oeste, y dándosele á mi padre, quien á los tres meses envió á su vez su dimision, pidiendo servir como voluntario en cualquier otro ejército.

Al abrirse la campaña de 1774, fué enviado Marceau á las Ardenas para tomar el mando de una division; pasó de allí al ejército del Sambre y Mosa, permaneció dos años en el Hundernek y en el Palatinado, á las órdenes del general Jourdan, entre

Kleber y mi *padre*, sus dos mejores amigos; en fin, estaba ocupado en el sitio de la fortaleza de Ehriembrestein, cuando recibió orden del general Jourdan de que fuera á reunirse á él.

Jourdan estaba en plena retirada, y se encontraba acorralado en los desfiladeros de Attenkirken: era necesario, pues, contener al enemigo, á fin de dar al ejército tiempo para atravesar los desfiladeros; á Marceau fué á quien el general en jefe encargó esta peligrosa misión.

Marceau tomó el mando de la retaguardia: era adorado de los soldados; al verle se contuvo el movimiento retrógrado. El archiduque Carlos creyó que había llegado un refuerzo á los Franceses, y se detuvo por su parte. En aquella misma noche supo que era un solo hombre.

Mas durante aquella detención, Marceau había tenido tiempo de tomar todas sus disposiciones, y desde aquel momento el ejército no retrocedió mas que paso á paso, y sin que á pesar de sus incesantes ataques, pudiese el archiduque Carlos desbaratarle una sola vez. De este modo atravesaron el bosque de Rossenbach; mas luego que llegaron al otro lado del bosque, un ayudante de campo de Jourdan fué á advertir á Marceau que el ejército francés no había aun terminado de atravesar el desfiladero, y que era necesario se detuviese é hiciese frente á los Austriacos. La palabra ¡alto! re-

sonó al punto en toda la línea, y la retaguardia francesa presentó al enemigo una muralla de acero: habiendo dirigido inmediatamente despues la vista á su rededor para ver qué partido podría sacar del terreno, vió dos mamelones que dominan la salida del bosque; manda poner en batería seis piezas de artillería ligera, hace avanzar el grueso de sus tropas para sostener su retaguardia, y para examinar mejor al enemigo que avanza, parte al galope acompañado del capitán de ingenieros Souhait, del teniente coronel Billy, y dos ordenanzas. Llegado casi á la linde del bosque, se detiene Marceau, señalando con el dedo á Souhait un húsar del emperador que caracolea ante él. En aquel momento, un disparo de carabina parte de unos veinte pasos de distancia, y en medio del humo que sale de un matorral, se ve á un cazador tirolés que se retira volviendo á cargar su arma. Marceau acaba de ser herido por un balazo de carabina. Da maquinalmente algunos pasos hácia adelante, con la mano sobre su pecho. El teniente coronel Billy observa que vacila; corre á él y le recibe en sus brazos.

— ¡ Ah ! ¿ eres tú, Billy ? le dice Marceau ; creo que estoy herido de muerte.

Jourdan acude al punto y se arroja llorando sobre el cuerpo de Marceau; pero Marceau le dice con su ronrisona bondadosa y triste :

— Tienes otra cosa mas importante que hacer que llorar mi muerte; tienes que salvar al ejército. Jourdan hace con la cabeza una señal afirmativa, porque no puede hablar; toma el mando de la retaguardia, y ordena trasladen á Marceau á Attenkirken.

El ejército pasa el desfiladero sin ser alcanzado. Por la noche Jourdan vuelve á Attenkirken; manda llamar á los cirujanos, y sabe por ellos que no solo no habia ninguna esperanza de salvar á Marceau, sino que el menor movimiento apresuraria su muerte. Entra en la habitacion del herido, y al verle pálido y moribundo como estaba, tranquilo y risueño como de costumbre, no puede menos de llorar, él, soldado veterano desde las primeras guerras, que habia visto caer á su rededor tantos hombres. Marceau hizo un esfuerzo y tendió la mano á los que le rodeaban.

— Amigos míos, les dijo, soy demasiado llorado. ¿Porqué quejarme? ¿no soy feliz? ¡Muero por nuestro país!

Al dia siguiente por la mañana fué preciso dejar á Attenkirken; esta fué la hora terrible. Mucho le costaba á Jourdan dejar á Marceau en poder del enemigo; pero era evidente que ningun socorro humano podia conservarle la vida. Jourdan escribió á los generales austriacos para recomendarles á Marceau. En seguida se retiró el ejército francés

dejando junto á su lecho mortuario dos oficiales de estado mayor, dos cirujanos, y dos húsares de ordenanza.

Dos horas despues de la retirada del ejército francés, anunciaron al general Haddick; era el jefe de la vanguardia austriaca.

Despues del general Haddick llegó el general Kray, el veterano del ejército enemigo.

En fin, despues del general Kray, para que ningun honor faltase á la agonía del jóven oficial republicano, se presentó el mismo archiduque Carlos. Llevaba á su propio cirujano, á fin de que uniese sus esfuerzos á los de los cirujanos franceses.

Todo fué inútil. Marceau espiró el 27 de setiembre de 1796, á las cinco de la madrugada, llorado por los oficiales enemigos, como lo habia sido la víspera por sus compañeros.

Desde Bayardo era la primera vez que se veian estos ejemplos.

Apenas murió Marceau, los oficiales que habian quedado con él pidieron al archiduque se devolviese su cuerpo á sus compañeros de armas; y no solo el archiduque lo consintió, sino que mandó que fuese escoltado el cadáver hasta Neuwied por un numeroso destacamento de la caballería austriaca. Despues él mismo pidió como un favor que se le participase el dia en que fuera enterrado Marceau, á fin de que el ejército imperial pudiese reunirse



al ejército republicano en los honores que se le hacian.

Cuatro dias despues, noticiaron al archiduque Carlos que el entierro de Marceau tendria lugar al dia siguiente.

Ocupaba entonces el ejército imperial la orilla derecha del Rhin, al mismo tiempo que el ejército republicano la orilla izquierda; mas las hostilidades se suspendieron por todo el dia. Franceses y Austriacos pusieron sus armas á la funerala, y los cañones enemigos respondieron con salvas iguales á los cañones franceses durante todo el tiempo que se empleó en la fúnebre ceremonia.

El cuerpo de Marceau fué depositado en el fuerte que hasta 1814 llevó su nombre, y que desde esa época ha tomado el de Petersberg ó del emperador Francisco. Consistia en una pirámide truncada, de veinte piés de altura, colocada sobre un sarcófago y que remataba en una urna donde estaba su corazon. En la urna estaba grabada esta inscripcion: *Hic cinere; ubique nomen.*

Aquí sus cenizas; en todas partes su nombre.

En las cuatro fachadas del monumento se leen entre otras inscripciones, las siguientes:

*Aquí yace Marceau, nacido en Chartres, departamento del Eure y Loire. Soldado á los diez y seis años, general á los veinte y dos, murió combatiendo*

*por su patria el último dia del año IV de la república francesa, á los veinte y seis años de edad.*

*Quien quiera que seas, amigo ó enemigo de este jóven héroe, respeta sus cenizas.*

\*  
\*\*

*El ejército del Sambre y Mosa, despues de su retirada de Franconia, abandonaba el Saar; el general Marceau mandaba el ala derecha; estaba encargado de cubrir las divisiones que desfilaban sobre Attenkirken, el primer dia complementario, año IV*

\*  
\*\*

*Tomaba sus disposiciones para salir del bosque de Rossenbach, cuando fué herido mortalmente de un balazo: se le trasladó á Attenkirken, donde su estado obligó á dejarle abandonado á la generosidad de los enemigos. Murió en los brazos de algunos franceses y de los generales austriacos, en el año de su edad XXVI.*

\*  
\*\*

*Venció en los campos de Fleurus, sobre las orillas del Ourthe, del Rouer, del Mosela y del Rhin. — El ejército del Sambre y Mosa tiene su bravo general Marceau.*

\*  
\*\*

*« Quisiera que me costase la cuarta parte de mi*

*sangre y que conservase su salud mi prisionero; por mas que sé que el emperador mi amo no ha tenido en sus guerras mas rudo ni incómodo enemigo*<sup>1</sup>. »

(*Memorias del caballero Bayardo.*)

No habia pasado un año cuando el general Hoche, su amigo, habia ido á reunírsele, y á descansar con él en la misma tumba, pero menos feliz que él, murió envenenado.

Estos dos generales, cada uno de los cuales habia mandado en jefe tres ejércitos, y llenado el mundo con su fama, tenian apenas cincuenta y cuatro años entre los dos.

En el mes de marzo de 1817, el oficial de ingenieros prusiano que dirigia las nuevas fortificaciones del fuerte de Petersberg, vió que el monumento del general francés estorbaba á sus planos, y le derribó; mas advertido por el rumor público del sacrilegio que habia cometido, mandó el rey de Prusia que este monumento se reedificase en la llanura. Entonces se reunieron los dos sepuleros en uno solo.

Este fué el último homenaje tributado á la memoria del general Marceau.

<sup>1</sup> Alusion á las palabras del general austriaco, baron de Kray.

## SAN GOAR.

A las seis de la mañana, la campana del buque nos llamó á bordo; al volver á él encontré á Mr. Leroy ya levantado, el cual en su cualidad de propietario administrador, habia querido ir á recomendarnos por sí mismo al capitán, á fin de que si nos agradaba bajar en algun paraje donde no hubiese desembarcadero, pusiesen la chalupa á nuestras órdenes. Me llevó además un precioso álbum con todas las vistas del Rhin, el que me suplicó llevase conmigo en recuerdo del bonito país que acababa de recorrer.

Habia perdido á mis dos ingleses: probablemente habian llegado en aquel momento á Maguncia, porque en lugar de bajar como yo á Coblentza, habian continuado su camino, ansiosos como se encontraban de ver el estado del sepulcro de aquella buena milady. Mas en revancha, volví á encontrar